

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

MÉXICO, DICIEMBRE 1º DE 1871.

{ NUM. 10.

### CUENTOS A MI HIJA.

#### EL PELIGRO DE OIR A LAS PUERTAS.

Entre cuantos defectos podemos tener, la curiosidad es el que mas particularmente degrada el alma, y nos espone á penosos bochornos.

Madama de Volmars, rica viuda de un distinguido oficial de marina, tenia tres hijos, dos de ellos varones, y una doncella que se llamaba Clara. Todos tres formaban las delicias y consuelo de esta idolatrada madre. Los dos hermanos se destinaban á la honrosa carrera que su padre habia seguido con tanta gloria; y su ardiente imaginacion estaba imbuida ya de las proezas esclarecidas de *Duquesne*, *Juan Bart*, y *Duguay Truin*. Habian venido á pasar el mes de vacaciones concedido á los alumnos del colegio de Marina, en el palacio de Volmars, situado en las cercanías de Paris. Su llegada habia llenado de gozo á todos; y Clara la celebraba tanto como su madre al ver á los amables compañeros de su infancia.

Clara era de un buen corazon; y mil amables prendas la hacian digna de estima y admiracion;

pero las afeaba á menudo con una curiosidad de que no habian podido curarla hasta entonces. Los criados la habian hallado cien veces escuchando cuanto decian, y acechando lo que hacian. Hasta su madre misma la habia encontrado mas de una vez á la puerta de su habitacion, mientras que conferenciaba secretamente con algun sujeto; y muchas veces la habia cogido escondida en un retrete, agachada en un armario, para estar en acecho de cuanto pasaba. Ni el miedo, ni la confusion habian sido capaces de curar á una tan insaciable curiosa. ¿Iba de paseo? ponía tan intensa atencion en escuchar cuanto se decia á su lado, que no podia responder á las diferentes preguntas que se le hacian, ni aprovecharse de los reparos que su madre le hacia.

Ya madama de Volmars habia tratado en balde de corregir en su hija este defecto, que perjudicaba evidentemente á sus bellas prendas y amable génio; y conoció que los avisos y la paciencia son insuficientes para destruir un hábito arraigado. Resolvió, pues, valerse de todo aquello que pudiera hacer una impresion fuerte en el ánimo de la doncella. Una tarde de verano, en que la habia llevado al jardin de las Tullerías, donde tomaba el aire un inmenso gentío, Clara estaba ocupada con tanto

ahinco en oír á cuantos habia á su lado, que madama de Volmars, resuelta á darle una leccion, se levantó del asiento, la dejó sola en medio de innumerales gentes, y sin mas amparo que un antiguo criado, á quien la madre habia confiado su secreto, y que escondido detras de un árbol, tenia encargo de observar el conflicto en que la doncella se hallaria, y de seguirla sin que ella lo echase de ver.

Cansada Clara de escuchar lo que decian y volvian á decir al lado suyo, tiende la vista alrededor de sí; turbada y trémula, busca por todas partes á su madre; y viéndose abandonada en medio de tan inmensa concurrencia, y no sabiendo qué partido tomar, suelta algunas lágrimas de pesar y temor. Al punto la cercan muchas personas, que con sus repetidas preguntas dan nuevo incremento á la confusion de Clara. Esta queria decir su nombre, pero le falta valor para ello; echa á andar, vuelve, su madre la ha dejado en tan cruel aprieto. Finalmente, cansada de millares de preguntas hechas por los unos, y picada y abochornada con las risotadas de los otros, se determina á salir de las Tullerías, y encaminarse sola hácia el barrio del Luxemburgo en que vivia. Al acercarse á la puerta de hierro, se encuentra con el anciano criado que iba siguiendo sus pasos de lejos; corre hácia él inmediatamente,

le pide su socorro, le cuenta su estraño lance, y manifiesta la zozobra en que la tenia el inesperado desaparecimiento de su madre. Una sonrisa que se le escapa á este buen sirviente, tranquiliza á la abandonada doncella, que cayendo entonces en que su madre no habia llevado mas mira que la de corregirla, se dirige á pié y en compañía del criado hácia su casa. En esta recibió una buena reprensión, y la firme promesa de experimentar igual abandono, siempre que su propension á la curiosidad la arrastrase hasta el punto de no hacer atención á la conversacion de su madre, para ocuparse únicamente en oír las de los estraños, cuyos discursos podian ser perniciosos á veces, y aun contrarios á la honestidad.

Madama de Volmars se habia lisonjeado en balde que este suceso podria enmendar á Clara; porque su curiosidad tomó mayor vuelo que nunca. Tuvo un motivo muy particular de ejercerla durante la estancia que Julio y Adolfo hicieron en la casa. Á cada instante la hallaban que iba siguiéndoles los pasos, acechando sus diligencias, y escuchando sus menores conversaciones. Ya habian probado corregirla por medio de diversas travesuras, que son tan familiares á los escolares. Un dia, entre otros, que estaban en su cuarto ocupados únicamente en charlar juntos, vieron detras de la puerta, que habia quedado medio abierta, la punta de un guardapiésillo blanco, que el aire llevaba hácia la ensambladura. Convencidos á la vista de esto de que los acechaba todavía la incurable, se hacen entre sí seña, y prometen tomar venganza. Adolfo se levanta muy quedito, y llegándose de puntillas á la puerta, la cierra de golpe, y con ello el guardapiés de Clara se halló cogido de tal suerte, que á pesar de sus esfuerzos no le fué posible desprenderse del lazo en que estaba prendida. El gritar hubiera sido divulgar de nuevo su curiosidad, y dar que reír á costa suya; el permanecer trabada de esta forma, la esponia á que alguno pasase por allí, y contase á madama de Volmars la reprensible situacion en que se hallaba: en virtud de lo cual abrazó el partido de dejar sus vestidos, y refugiarse en paños menores en su cuarto. Cuando corria así por el pasadizo mayor de la casa, descubre en su extremo á un jardinero, que adelantándose hácia ella, echa á gritar, y dar carcajadas: «¡Ah! Dios mio, qué fantasma es esta!.....» Corrida y fuera de sí Clara, se vuelve atras inmediatamente, se dirige á una escalerilla escusada, y llega por último, en camisa siempre y muerta de frio, al cuarto de la doncella de su madre. Asombrada y convirtiéndolo todo tambien aquella en risa, fué á buscarla otros vestidos, con los que de allí á breve rato se presentó de nuevo Clara en el salon, en donde fué preciso aguantar las bufonadas de sus hermanos, y nuevas reconvenções de su madre, en quien los dos picarillos habian depositado el espolio de la curiosa.

Otro dia que era á fines del otoño, queriendo madama de Volmars dar una funcion á sus dos hijos antes de su partida para el colegio de Marina, habia convidado para un baile á toda la juventud de las inmediaciones. Clara estaba adornada en aquel dia con todo el primor y gala que son imaginables. Un sinnúmero de personas se hallaba reunido ya en la sala de estrado; y Julio y Adolfo estaban todavía en su cuarto, ocupados en enseñar sus cartas marítimas y dibujos á varios jóvenes vecinos suyos. Un pequeño ruido que hizo la llave de la puerta, les confirmó sin mucha dificultad que la incorregible estaba observando por el agujero de la cerradura.

Julio, que á la travesura de su edad unia el mas cordial cariño para con su hermana, queria corregirla por su parte de un defecto tan bajo como temible, y aparentó salir por un instante. Al punto se aleja Clara con la celeridad del relámpago. Julio, que llevaba consigo un pedazo de pastel negro y una luz, despues de haber cerrado la puerta al salir, escribió encima del agujero de la cerradura, y ordenando al revés las letras, estas dos palabras: *curiosa incurable*. Vuélvese á entrar en el cuarto, cerrando la puerta; y de nuevo se pone á charlar y reír con sus jóvenes amigos. Apenas habian dado principio

á su conversacion, cuando Clara volvió muy quedito para oír cuanto se platicaba. Como notó que habian quitado la llave de la cerradura, miró lo que pasaba dentro del cuarto; y arrimando para ello su frente á la parte superior, y precisamente en el paraje en que Julio habia trazado la inscripcion, estas dos palabras, *curiosa incurable*, se hallaron estampadas sobre la frente de la doncella, quien, tan lejos de recelarlo, por hallarse á la sazón muy escaso de luz el pasadizo, bajó de allí á un ratito al salon en que sus dos hermanos y todos sus amigos estaban reunidos.

Así que madama de Volmars echó de ver el chasco que habian dado á su hija, lo celebró infinito en su interior, y encargó encarecidamente á cada uno de los concurrentes que no tratasen de desengañar á la curiosa. En efecto, durante el espacio de dos horas, Clara bailó, y ostentó sus gracias, llevando á todas partes y presentando á todos, la indicacion de su ruin defecto. Sin embargo, la doncella echaba de ver que fulano á quien ella se llegaba, reprimia una gran carcajada; y que zutano, al señalarla con el dedo, hablaba bajito al oído de su vecino, y al parecer se divertia á costa suya. Sorprendida y desazonada, cree que hay algo de descompuesto en su adorno; vá á mirarse en un espejo, advierte la fatal inscripcion, y reconoce que sirve de ludibrio á toda la concurrencia. Dá un grito sorprendida y espantada, huye, se encierra en su cuarto, y se obstina en no salir de él, por mas instancias que le hacen para volver al baile.

Julio, al confesarse como autor de esta travesura, se mostró muy desconsolado de la demasiada impresion que habia hecho en la imaginacion de su hermana. Fué veinte veces á la puerta de su cuarto, para rogarla que bajase al baile; y la única respuesta que pudo lograr fué esta: «No se me olvidará nunca esta detestable burla; no me verán mas.....» En efecto, continuó el baile, y aun se acabó sin la presencia de Clara. Madama de Volmars consoló á Julio del sentimiento que tenia, con hacerle conocer el señalado servicio que habia hecho á su hermana; pero á fin de no disminuir el cariño que uno á otro se profesaban, le dió palabra y exigió la misma de todos los concurrentes, de que no se le nombraria á Clara el autor de tan fuerte y saludable leccion.

Clara pasó al cuarto de su madre en el siguiente dia. El despecho y rubor habian cedido su puesto á la reflexion. Bien lejos de quejarse y murmurar la doncella, abrazó á su madre con una calma y afectuosidad que causaban asombro, y le confesó que toda la noche la habia pasado considerando los peligros y ridiculez á que su insaciable curiosidad la habia espuesto. Protestó que no aplicaria jamas el oído á cuanto pudieran decir y hacer; y finalmente, concluyó rogando á su madre le dijese cuál de los jóvenes era el autor de la inscripcion, de que permanecian todavía vestigios sobre su frente, afirmando que le miraba como á su mejor amigo, y toda su vida le estimaria.

Madama de Volmars, sorprendida y enternecida hasta las lágrimas, abrazó mil veces á su amable hija; y mandando que entrasen Julio y Adolfo, le presentó al primero como el inventor de la inscripcion. «Me lo recelaba, exclamó Clara, arrojándose á sus brazos. ¿Qué particular complacencia tengo en serte deudora de tan gran servicio, y tener mi mas querido amigo en mi hermano mayor!» Julio, tan conmovido como ufano con su empresa, abrazaba estrechamente á su hermana. Suplicó á su madre que antes que partiesen para el colegio de Marina, renovase el baile de que se habia privado Clara. Apresuróse madama de Volmars á satisfacer tan justa solicitud; y de allí á dos dias se celebró la nueva funcion. Así que se presentó en ella Clara conducida por su hermano queridito, se fijó en ellos la vista de todos los circunstantes; vivos aplausos resonaron por todos lados; y Julio entonces, en vez de la fatal inscripcion, depuso sobre la frente de Clara una corona de rosas blancas, como una esclarecida insignia de su pecho puro y perfecta indole. Clara, que participaba de todo el júbilo de Julio y demas concurrentes, experimentó en aquel momento que nuestra mayor felicidad consiste en ven-

cernos á nosotros mismos, y que las ridiculeces, extravagancias, y aun los defectos mismos, todo cede á la reflexion á que la confianza nos mueve.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO II.

#### DEL ASEO.

#### ARTICULO I.

#### *Del aseo en general.*

#### I

El aseo es una gran base de estimacion social, por cuanto revela en nuestras personas, como antes hemos dicho, la candidez del alma; porque comunica á todo nuestro exterior un atractivo irresistible, y porque anuncia en nosotros una multitud de buenas cualidades de que la pulcritud es un signo casi siempre infalible.

#### II

El aseo contribuye poderosamente á la conservacion de la salud, porque mantiene siempre en estado de pureza el aire que respiramos, y porque despojando nuestra cutis de toda parte estraña que embarace la traspiracion, favorece la evaporacion de los malos humores, causa y fomento de un gran número de nuestras enfermedades. \*

#### III

Nada hay, por otra parte, que comunique mayor grado de belleza y elegancia á cuanto nos concierne, que el aseo y la limpieza. Nuestras personas, nuestros vestidos, nuestra habitacion y todos nuestros actos, se hacen siempre agradables á los que nos rodean, y nos atraen su estimacion y aun su cariño, cuando todo lo encuentran presidido por ese espíritu de pulcritud que la misma naturaleza ha querido imprimir en nuestras costumbres, para ahorrarnos sensaciones ingratas y proporcionarnos goces y placeres.

#### IV

Los hábitos del aseo revelan ademas hábitos de orden, de exactitud y de método en los demas actos de la vida; porque no puede suponerse que se practiquen diariamente las operaciones que son indispensables para llenar todas las condiciones del aseo, las cuales requieren cierto orden y método y una juiciosa economia de tiempo, sin que exista una disposicion constante á proceder de la misma manera en todo lo demas.

#### V

Los deberes que nos impone el aseo no se limitan á nuestras personas y á lo que tiene relacion con nosotros mismos, sino que se estienden á aquellos de nuestros actos que afectan ó pueden afectar á los demas; pues seria grande incivilidad el escitar de algun modo el asco de los que nos rodean, no solo con nuestras acciones sino tambien con nuestras palabras.

De la misma manera, seria una indignidad imperdonable, y ademas un hecho impropio de la honradez que debe reinar en todos nuestros actos y contrario á la caridad y á la benevolencia, el poner poco esmero y cuidado en el aseo de lo que otra persona ha de tomar en sus manos ó llevar á sus labios, cuando se halla ausente y debe por lo tanto suponerse confiada en nuestra buena fé, y en la delicadeza de nuestra conciencia.

\* Manteniendo el cuerpo y el vestido en estado de perfecta limpieza, contribuimos á conservar nuestra salud y á aumentar nuestra robustez.—*The Catechism of health*

## LAS MADRES DE FAMILIA.

## LA PREDILECCION.

[Continúa.]

Madama de Montcars, reprendiendo á Carlos y á Julio, temia no atrajese á su Benjamin algunas represalias pesadas, y así no se trató mas que de apartarlos de su casa luego que se acercó la apertura del curso de leyes. Aquellos dos apreciables jóvenes no se distinguieron en ellos menos que en el liceo por su mérito y aptitud para el trabajo. En los tres años de sus nuevos estudios iban á pasar los domingos á casa de su madre, en donde adquirieron insensiblemente el trato de gentes y los modales finos no de los elegantes del dia, sino de aquella juventud laboriosa que es el honor de las familias y la esperanza de la patria. Conocieron muy fácilmente las prerogativas que gozaba su hermano el menor, aunque tomaba algunas precauciones para disimularlas. Sus gastos daban bien claramente á entender que recibia ademas de la pension que tenian sus hermanos, un suplemento secreto; tenia muchos maestros particulares de pintura, de arpa y de esgrima, siendo así que los otros dos no habian podido conseguir mas que abonarse algunos meses con un maestro de florete. En la mesa era siempre Eduardo el que hacia los honores con su madre, y se ponía enfrente de ella como si fuese la cabeza de la familia, y sus hermanos estaban como unos forasteros convidados. No se atrevia Eduardo á tener cabriolé propio, pero le tomaba alquilado muchas veces, y en algunas habia salpicado á Carlos y á Julio, que no tenían casi nunca con que pagar un coche simon. En una palabra, todo cuanto podia indicar una preferencia lo observaban, lo recogian y comentaban los dos mayores, los cuales al fin se quejaron de esto á su tutor. Este creyó preciso advertírselo á su madre; pero ella no vió en tan justas quejas mas que una envidia importuna, á la que no quiso que cediese su predileccion. Por desgracia dejó escapar algunas reprensiones amargas, y esta imprudencia manifiesta no sirvió mas que para aumentar la discordia que ya reinaba entre Eduardo y sus hermanos. Desde aquel momento tomaron estos de su cuenta el atacarle y ridiculizarle: le llamaban el niño querido, el marquesito; y como su madre los recibia con frialdad y con un aire sério, no le hacian sino los obsequios que dictan el deber y la decencia, y se fueron desviando poco á poco de su casa. Eso era lo que deseaba Eduardo, que se entregó mas que nunca á su gravedad insensata y á las disipaciones mas extravagantes; se juntó con malas compañías, y contrajo deudas que Madama de Montcars tuvo cuidado de pagar. Ya habian concluido Carlos y Julio con buen éxito sus estudios de leyes; el uno estaba inscrito entre los abogados de número de Paris, y al otro le habian nombrado supernumerario del Consejo de Estado. Ambos habian llegado á los veintin años que fija la ley para la mayor edad. Sabian que casi toda la fortuna que gozaba su madre habia provenido del autor de sus dias; y aunque estaban ciertos de la reparticion desigual que ella hacia de las rentas, que

subian casi á veinte mil francos, no quisieron obligarla á dar cuentas hasta la época en que su hermano menor llegase á la edad competente. Se contentaron con la pension de mil quinientos francos que les daba á cada uno; y como hallaban en sus trabajos y sus talentos, recursos suficientes para sufragar á sus necesidades, les pareció que debian dar á su madre esta prueba de su respeto filial. Esta deferencia la conmovió, y no pudo menos de restituirles una parte de su cariño, y hacer que fuesen mas á menudo á su casa. Su deseo era entonces el unirlos con Eduardo, y restablecer entre ellos aquella dichosa concordia que es el primer tesoro de una madre de familia; pero su predileccion habia destruido para siempre la armonía fraternal. Carlos y Julio dejaron de usar con Eduardo de aquellas espresiones satíricas por puro decoro; no hicieron caso de sus prodigalidades aunque perjudicaban mucho á sus derechos hereditarios: aquella union fraternal tan agradable no existia mas que entre los dos mayores. Tan unidos como estaban entre sí por el afecto y la confianza, otro tanto estaban separados de Eduardo. Madama de Montcars se afligia á menudo interiormente; pero una voz secreta le decia que todo

era obra suya y no la permitia quejarse de nada.

El gran aprecio que adquirian sus hermanos cada dia era todavía mas causa de separacion entre Eduardo y ellos, mientras que el tierno objeto de una parcialidad ciega no tenia ningun punto de apoyo en el mundo. Se habia disgustado de la pintura para dedicarse á la música, y saltando de un estudio á otro, sin tener objeto, sin discernimiento y sin perseverancia, se habia hecho uno de aquellos ociosos presumidos que por evitar el fastidio que les persigue, se aprovechan á la ventura de la primera distraccion que se presenta, sin reflexionar si perjudicará á su reposo, alterará su salud ó comprometerá su honor. Eduardo á los veinte años solo sabia jugar á la pelota, montar tal cual á caballo, copiar algunos países, y acompañar con el arpa algunas canciones nuevas. Sus relaciones con sus hermanos eran cortas; no se encontraban mas que alguna vez en casa de Madama de Montcars, que siempre llevada de su invencible predileccion, aunque haciendo justicia á las cualidades y al mérito de los otros, no dejaba de mirar en el objeto de su afecto al querido compañero de su vida privada, y al ejecutor complaciente de todos sus gustos.

(Continuará.)

## VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SENORITA ELENA,

Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



Queda fijado para la partida el dia siguiente. Fernando y Elena almuerzan perfectamente, y se proponen comer mucho mejor; pero sin perjuicio de eso, apartan cada cual una magnífica pera gambosa, y un buen mollete, que como ustedes comprenden, es un bastimento mas que suficiente para cuando se vean en países desiertos. Pero Fernandito no se

ha contentado con esto, y..... ¡ya se ve, con su profunda prevision no podía menos! lleva quince dias de estar guardando en cada comida mendrugos de pan, que á estas horas se han convertido, como quien dice, en galleta, y se pueden durar hasta el dia del juicio. Al saberlo, se ha puesto Elena contentísima.



## VI

Elena propone al primito que se aumente el número de los viajeros: quiere mucho á sus muñecas, y de buena gana se las llevaria consigo. Por lo demás, no son mas que siete entre grandes y chicas. Fernando está de acuerdo en que la presencia de las señoritas muñecas aumentaría considerablemente

los placeres del viaje; pero como el juicio y la cordura son sus virtudes características, hace entender á su primita, que en esta vida lo útil ha de ser antes que lo agradable; y que en caso de cargar con algo, vale mas que ese *algo* sea cosa de comer y de beber.

## CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

## VI

## ANGELITA, Ó LA NIÑA OBEDIENTE.

¿Qué ha hecho, pues, esa niña que veo allí, preguntó un día Inés á su madre estando en el paseo, que todos la acariciaban y le dan confites?

Voy á decirte, querida mía, respondió su madre.

Esta niña se llama Angelita: pocas hay mas amables que ella, pues que su dulzura, su docilidad y buen modo obligan á todos los que la ven.

Sus padres están locos de alegría con ella, y no sin razon. Todas las mañanas Angelita, sin que se le haya de decir, ofrece su corazón á Dios, se deja lavar la cara y manos sin derramar una lágrima, y siempre muy risueña. Cuando está dispuesta, hace sus devociones en alta voz, de rodillas, juntando sus manos como un angelito.

Después de haber rogado á Dios, á quien debemos amar y servir sobre todas las cosas, Angelita va á dar los buenos días á sus padres, y les pregunta cómo han pasado la noche; pero de un modo tan juicioso, como si fuese una persona de edad.

Llenado este deber, la niñita, temiendo incomodar á su madre corriendo por el cuarto, é importunarla con su cháchara, toma su muñeca, se sienta sobre un taburete delante de una silla poltrona, y se entretiene así hasta que le dan el almuerzo.

Siempre está alegre, y de una docilidad sin igual: empieza á leer ya mas que medianamente.

La obediencia es entre sus bellas cualidades aquella por la que mas se distingue Angelita.

Vense con frecuencia en el paseo niñas que se alejan de sus padres, y que cuesta mucho tenerlas al lado; no sucede así con Angelita, ella mira á su ma-

dre, y le basta una sola palabra: nunca hace otra cosa que lo que se le manda: de este modo su vestido está siempre curioso, y sus manos limpias, porque no se echa por tierra, ni toca nada sucio, como hacen los niños groseros y desobedientes.

Un día la madre de Angelita iba á hacer algunas visitas, y habia puesto un hermoso vestido blanco á su hija, recomendándole mucho el no ensuciarle.

Angelita estaba hermosamente aderezada, cuando llegó una de sus tías con dos niños muy inquietos.

Angelita estimaba mucho á sus primos..... ¡eran tan alegres, tan chistosos!..... la hacian reir hasta llorar..... Pero tambien el vestido que llevaba cuando ellos venian, ya no podia servir para el día siguiente, y aun muchas veces se hallaba tan rasgado, que era necesario arrinconarlo.

La madre de Angelita, al ver entrar á su hermana, hizo señal á su hija de permanecer á su lado. ¡Qué suplicio! Sus dos primitos la llamaban sin cesar, haciendo mil morisquetas para hacerla reir, é inducirle á dejar su asiento. Angelita se deshacia por ir á jugar, pero no se atrevia, ¡su mamá se lo habia prohibido!..... Ella se meneaba sobre su taburete, miraba á su madre, luego á su tía y á sus primos; era muy fácil adivinar lo que pasaba allá dentro de su espíritu. En fin, su tía y primitos se marcharon, sin que Angelita hubiese salido de su asiento, mas que para despedirse.

Después la madre de Angelita la abrazó, la agasajó por su obediencia; y para recompensarla, sacó de su cómoda algunos juguetes brillantes como plata, y se los dió.

Ella, muy contenta, prometió ser siempre obediente, y sin duda cumplirá su promesa.

Este es, hija mía, continuó la madre de Inés, el motivo por que acarician todos á esa amable niña.

La madre refiere eso á las señoras que las rodean. las cuales son parientas suyas. Angelita es de tu edad. Tiene cuatro años; haz, pues, lo posible para imitarla.

## VII

## CLARA, Ó LA NIÑA DESASEADA.

¡Cuán fastidioso es el desaseo! Las personas educadas huyen mil leguas de los desaseados.

Clara hubiera sido amable sin este vil defecto; pero era tan sucia, que ni con alicates podia tocarse. Ella se revolcaba por tierra, echando á perder sus vestidos que siempre estaban llenos de manchas, sus manos estaban continuamente negras como la tinta y su rostro enteramente empolvado.

Con todo, casi no se pasaba día sin que se le pusiese vestido limpio. Por la mañana Clara estaba limpia y hermosa que era un pasmo. Al cabo de una hora causaba fastidio el verla; por lo que nunca su madre la abrazaba, ni nadie la acariciaba; al contrario todos la rechazaban, temiendo que los tocase con sus asquerosas manos. En la mesa, la puerquecilla no hacia mas que derramar el caldo y la salsa sobre sus vestidos, dando motivos para reñirla continuamente: era sin duda muy desgraciada, pero por culpa suya.

Su madre se cansaba de verla comer con tanto desaseo, sin quererle corregir.

Un día derramó un plato de conserva sobre un hermoso vestido nuevo que llevaba por primera vez; su madre, muy enfadada, la cogió por la mano, la hizo sentar en tierra al lado de la escudilla del gato, y le dijo: ese será tu asiento, señorita, hasta que te hayas corregido de tu horrible desaseo: por su desgracia Clara comió largo tiempo en tal asiento, y ese vil defecto le causó mucha pesadumbre.

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Aprende á conocerte y á conocer las leyes y designios de la naturaleza. ¿Qué sois vosotros, mortales? ¿Con qué deberes, en qué condicion, y para qué nacisteis? ¿Cómo y en dónde podremos reconocer con certeza el objeto de la vida? ¿Qué deseos son nobles y provechosos? ¿Para qué me ha destinado Dios, y qué parte me ha destinado? En esto debes meditar.—PERSIO.

El hombre vive de acuerdo con la naturaleza, cuando vive virtuosamente, no cuando vive como las bestias.

Solo el hombre, entre todos los seres vivientes, es la imagen de Dios.

Por la virtud, logrará aproximarse á él.—MURSONIO.

Soy hombre; nada humano me es extraño.—TERENCIO.

El hombre es noble, si es verdaderamente hombre.—ESQUITO.

Eres hombre, concélelo y reflexiona sobre ello.—FILEMON.

Acuérdate que eres hombre.—SIMÓNIDES.

El hombre se distingue de los demás seres animados de la tierra, principalmente en esto: los deseos y esfuerzos de éstos, dependen de las impresiones sobre sus sentidos, y se limitan al tiempo y lugar presentes, con poco recuerdo del pasado y cuidado del porvenir. Él, por el contrario, es guiado por la razon que lo hace capaz de comprender la causa y consecuencia de las cosas, de indagar su conexion y origen, de comparar los objetos semejantes, juntando así el presente y el futuro, sentando un plan de vida y preparando de antemano lo que es necesario para hacerlo capaz de completar este plan.—CICERON.